



BATALLA DE SAN QUINTIN.

YA que os hemos hablado del grandioso monasterio del Escorial, os diremos algunas palabras acerca del fausto suceso que dió origen á tan celebrado edificio.

Regia las Españas el gran Felipe II, y el papa Paulo IV por resentimientos ajenos de su noble y sacro apostolado, intrigó sin cesar hasta que consiguió que el rey de Francia renovase contra Felipe hostilidades mal dormidas. Satisfecho con el buen éxito de sus intrigas, llevó su encono hasta arrestar al embajador español, y acusar en un consistorio al gran monarca, á fin de despojarle del reino de Nápoles.

Felipe, tan religioso como valiente, no desmintió ni un momento sus buenas prendas, pues sin faltar al respeto que los príncipes cristianos tenían á la Santa Sede, se decidió á tomar la defensiva solo cuando vió que era inútil procurar traer á la razón al vicario de Jesucristo. Resuelto entonces á sostener sus derechos, mandó al duque de Alba que penetrase en los estados pontificios,

y se apoderase de ellos, no para apropiárselos, sino con el objeto de restituirlos al sucesor de Paulo. Así lo hizo el duque, tomando por las armas ó por capitulación muchas ciudades, despues de lo cual amenazó á Roma.

Entre tanto Felipe juntó un poderoso ejército, cuyo mando confió al duque de Saboya, y mientras el general sentaba sus reales delante de San Quintin, el rey se situó en Cambray á fin de observar las operaciones. El condestable de Montmorenci, que mandaba el ejército francés, acudió al socorro de la plaza con cuantas tropas pudo reunir, y su hermano el almirante de Coligni logró forzar un paso y penetrar en la plaza con unos quinientos hombres; pero esto no lo consiguió sin perder la mayor parte de sus fuerzas.

Montmorenci, que se habia propuesto distraer la atencion de las tropas españolas para que su hermano realizase su intento, no salió tan bien librado, pues se aproximó demasiado á las trincheras enemigas, y cuando quiso retirarse se vió embestido con tal ardor por la caballería de Felipe, que no pudo contener el desórden de sus hombres de armas.

Puestos estos en fuga, arrollados los peones por la artillería, y acosados todos por las huestes enemigas, les abandonaron el campo y la victoria. Esta batalla costó á los franceses seis mil muertos y cuatro mil prisioneros, entre los cuales habia muchas personas de distinguido nacimiento, como, por ejemplo, el duque de Enghien, príncipe de la sangre, que á poco murió de sus heridas, el condestable y su hijo primogénito, los duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal de S. Andrés, el vizconde de Turena y otros varios.

Luego que Felipe supo esta noticia, corrió á S. Quintin, y atribuyendo el triunfo de sus armas á la proteccion del Dios de los ejércitos, formó el proyecto de construir el grande y magnífico monasterio del Escorial, con la advocacion de S. Lorenzo, pues se habia obtenido la victoria el dia de este santo.

Por lo demás, la plaza de S. Quintin fué tomada por asalto á los diez y siete dias de asedio, quedando prisionero Coligni, que la defendia con obstinacion. De este modo, no solo tuvo el gran Felipe la fortuna de vencer á los franceses y de abatir el orgullo del obcecado pontífice, sino que vió tremolar con alegría en S. Quintin los estandartes que flotaron con gloria en las almenas de Pavía.

LA SEGUNDA MADRE,

6

La prevención.

(Véase nuestro anterior número.)

II.

Aun dieron algunos pasos sin hablarse Aurora y Manolito, porque este se hallaba embarazado, cohibido, y la niña, cuyo corazon latia con violencia, estaba tan encarnada como una cereza. Manolito fué el que rompió el silencio, diciendo:

—¿Eres tú la que has traído aquí esta caja?

—Sí, Manolito.

—¿Eres tú la que has escrito lo que hay sobre ella?

—Sí, Manolito, respondió tartamudeando la amable niña, casi avergonzada de un acto del cual solamente debia alabarse.

—Te doy las gracias; ¿pero por qué me haces este regalo?

—Porque.... porque.... dijo Aurora tomando valor de pronto y clavando en él sus grandes ojos azules; para que no me mires con ese aire tan adusto, y para que me quieras algo.

—¿Tambien has regado tú mis flores y el rosál de mamá?

—Sí, Manolito.

—¿Y por qué?

Aquí le miró ella con un aire tan inquieto y tan desconcertado, que él, que era un buen chico y tenía un corazón excelente, se avergonzó de esa especie de interrogatorio duro y severo que la hacía, de modo que la apretó la mano cordialmente.

—Veo, la dijo, que me he engañado con respecto á tí; creía que no me querías, y que venías aquí á arrojarme del corazón de papá.

Sobradamente daba á entender Aurora en su aire abobado que no le entendía.

—Pero, continuó Manolito, no hablemos mas de esto. Si quieres ser mi amiga, ya verás como nos entenderemos á las mil mararillas, y no tendremos disputas. ¿Quieres la mitad de mi jardín?

—Oh! qué gusto! dijo Aurora.... pero tu jardín es chico aun para tí.

—No tengas cuidado, hace mucho tiempo que papá me está ofreciendo que me dará aquel pedazo. Si fuera mio, partiríamos mas fácilmente; pero con todo, vamos á dividir en dos partes lo que tengo.

Aurora saltó de alegría, y Manolito, contento con la dicha de su nueva amiguita, la abrazó con efusión.

—¿Manolito, dijo una voz, te alegrarías mucho de poseer aquel gran pedazo de terreno?

El niño se volvió y se puso pálido al ver á su padre y á la señora de Giraldo, la cual era la que le habia dirigido la pregunta. En la expansion de su amistad para con Aurora habia olvidado todo resentimiento, toda cólera; pero la vista de Doña Asuncion despertaba sus sospechas mal adormidas, por lo cual nada respondió.

—Dí que sí, hermanito, le dijo Aurora en voz baja; si supieras cuan buena es mamá! estoy segura que va á hacer que te lo den.

—Periañez, dijo la madre, ¿quieres dar á Manolito el pedazo de terreno que te pido?

—Tus deseos son órdenes para mí, dijo Periañez.

—Manolito, puedes decir al jardinero que acote el terreno, pues desde hoy es tuyo.

—¿Lo ves? le dijo en voz baja Aurora.

Manolito no sabia como aceptar aquella prueba de bondad, porque le irritaba un falso amor propio que le criticaba por cambiar tan pronto de ideas y de opinion.

Doña Asuncion cogió á Manolito de la mano, y levantándole la cabeza con cariño, le dijo:

—¿Me quieres mal todavía?

Manolito la abrazó para darla las gracias: bien es verdad que Doña Asuncion revelaba de tal suerte en su noble fisonomía la bondad de su alma, que á Manolito le hubiera sido muy difícil proceder de otra manera.

Un instante despues Periañez se alejó con su hijo, y despues de un momento de silencio le habló así:

—He visto con mucho sentimiento en el modo con que has acogido á tu segunda madre y á su hija, que ni eres mi amigo ni tienes confianza en mí.

—¿Yo, papá? dijo Manolito admirado.

—Sí, hijo mio; porque has creido que contrayendo yo un nuevo enlace iba á desterrarte de mi corazon, á olvidar á tu madre que nos ha sido arrebatada demasiado pronto!.... Sí, has creido que la llegada de dos nuevas personas iba á cambiar el corazon de tu padre; ó si no lo has creido positivamente, lo has temido, en lo cual no has hecho bien. Has estado mas que impolítico con la señora de Giraldo; has rechazado brutalmente á su hija, que iba á buscarte llena de afecto, cuando debias, aunque no fuese mas que por miramiento á tu padre, portarte de muy diferente modo.

—Papá mio! ... dijo Manolito con las lágrimas en los ojos.

—Te has permitido juzgar desde luego á tu madre por el prisma de necias prevenciones que han procurado exagerarte. Cómo te has engañado, Manuel! Y sin embargo, un poco de reflexion, una conversacion franca, de confianza y sin segunda intencion conmigo, te

hubiera ahorrado el bochorno de hacer una tontería y causarme un sentimiento. Asuncion, amigo mio, es una excelente mujer que te quiere de veras, como mas tarde lo verás, es una mujer prudente, consagrada á sus deberes, y si hubieras pensado, hubieras conocido que el nuevo lazo que ahora contraigo solo tenia por objeto tu interes y bienestar. ¿En qué estado te encuentras hace un año? Entregado á mis asuntos, apenas he tenido tiempo para ocuparme de tí, y de este modo ha ido descuidándose tu educacion hasta el extremo de haber olvidado lo poco que sabias. Hasta tu trage se resiente del abandono en que estás, pues sin embargo de que nada te falta, andas desaseado y mugriento, Catalina te quiere, pero te quiere á su modo, y por otra parte ya te hallas en una edad en que no puedes permanecer bajo su vigilancia, pues necesitas que te dirija una persona mas ilustrada é inteligente. Asuncion ha venido aquí para servirte de madre; te quiere y te querrá mas cuando te conozca mejor. Y, escucha, sabes cual ha sido el primer cuidado al llegar aquí de esa mujer á quien tanto detestas? Pues ha sido ir á ver si tu cuarto está bien arreglado, sustituir á tus cortinillas blancas otras encarnadas que habia traído expresamente para tí, y colgar al lado de tu espejo un reló de oro que verás esta noche al tiempo de acostarte.

—¿Cómo, papá?

—Sí, sin duda; ¿y la pobre Aurorita á quien has rechazado?

—Oh! papá mio, ya hemos hecho las paces, y puedo asegurar á V. que ahora somos muy buenos amigos. No me quiera V. mal por todo lo que he hecho, pues temia en tal manera perder su amistad que....

—Nunca la perderás mientras seas buen muchacho, dijo Periañez, dándole un abrazo. Consiento tanto mas en olvidarlo todo, cuanto que he visto un buen sentimiento en tu conducta, por mas reprehensible que pueda ser. No tengas cuidado, que yo no olvido á tu madre, y en esta parte no hay ninguna variacion; puedes

hablar de ella á Asuncion, la cual será la primera en participar de tu sentimiento, porque tambien es una excelente mujer: quíerela bien si quieres hacer feliz á tu padre, y ya verás que esto no te será muy difícil.

— Oh! siempre, papá, siempre, dijo Manolito saltando al cuello de Periañez.

— Ahora, hijo mio, vete á donde están *tu madre y tu hermana!*

Manolito se dirigió á un extremo del jardin, cogió las manos de la señora de Periañez, y la dijo:

— ¿Quiere V. perdonarme mi mala conducta, señora, y permitirme que la llame mamá?

— Me haces sobrado feliz, hijo mio, para que jamás me acuerde de otro momento que de este, dijo abrazándole con efusion su nueva madre. Aurora unió sus caricias á las suyas, y todo se redujo á tiernos besos y buenas promesas.

En aquel instante avisaron que la comida estaba en la mesa, y mientras los demás se dirigian al comedor, Manolito se escabulló encaminándose rápidamente á su cuarto. Encontró á Catalina en el pasillo con un gran paquete, y la dijo:

— ¿Qué es eso?

— Oh! contestó Catalina, es un regalo de la señora: qué vestidos tan bonitos!... Y me dijo al tiempo de dármeles; «mi buena Catalina, mi llegada en nada cambiará tu posicion; solo te pido que seas para mí lo que has sido para tu ama.» Oh! es una señora muy buena doña Asuncion, y creo que nos hemos engañado los dos.

— ¿De veras lo crees? dijo Manolito... Pues bien, yo estoy seguro de ello. Mira mi regalo de boda, dijo sacando el reló de la relojera y poniéndose la cadena al cuello. Despues se dirigió al comedor y se sentó á la mesa.

La comida fué alegre; se entendian tambien todos aquellos corazones!... Por la tarde dieron un paseo padres é hijos, y cuando llegó la hora de retirarse Manolito á su cuarto, no lo hizo sin abrazar á su madre y á su hermanita.

Entró con el alma tranquila en su habitacion, se acostó, feliz como nunca lo habia sido hacia un año, viendo que se abria ante él en los momentos de quietud soñolienta que preceden al sueño, un porvenir sin nubes, y se durmió diciendo:

—Qué buenas son las dos! Y yo que las detestaba tanto! yo que la llamaba *madrastra*!... La prevencion es una cosa muy tonta.

RECUERDOS DE VIAJE.

La Isla de Madera.

Mientras el buque recibia en la rada algunos reparos, salté á tierra al pié de las murallas de Funchal, capital de la isla. Funchal es una plaza fuerte, es decir, que una esplanada y un muro separan las casas del desembarcadero: pero desde que la reina de Portugal no hace la guerra, ó por mejor decir, desde que dejó de hacerla D. Miguel, monarca hoy destronado, las troneras se hallan sin cañones, y están tapadas con ladrillos y cal por temor de que los chicos que van á correr por la esplanada no se caigan á la playa. Funchal, con sus estrechas y tortuosas calles, su empedrado de guijarro blanco, sus iglesias y sus conventos, sus casas de piñon y sus innumerables confiterías, se parece á un pueblo que yo conozco en Extremadura; pero en él no se pasean en palanquin las mujeres, y el vino de Madera que en él se bebe es de malísimo gusto.

A eso de la una del dia, hora de la siesta, y en la cual solo se ven circular por las calles soldados que se hallan de servicio, aduaneros, perros y europeos, se me antojó ir en peregrinacion á nuestra Señora del Monte, basílica edificada en la parte mas alta de la costa, y que desde muy lejos habiamos visto desde el mar. Este paseo fué delicioso, jamás he dado otro alguno ni

mas risueño, ni mas grandioso, ni mas embalsamado, por las playas del Brasil, de Chile y de la Tamasnia, siendo tan vivo y dulce el recuerdo que conservo de él que aun en el día envuelto como me hallo en la pesada y fétida atmósfera de Madrid, creo que respiro aquellos perfumes de hortensias, perfumes que yo mismo despertaba y entregaba á la brisa, golpeando con mi corbata los arbustos que cubrian los senderos por donde caminaba. El que conduce á Nuestra Señora del Monte serpentea y se eleva por entre vides y terrenos incultos, herizados de capus ó cubiertos de mirtos y plátanos: por todas partes está cortado ese camino, de tal suerte que los caballos de Europa no podrian andar por él un minuto sin caer en un precipicio, al paso que la noble cabalgadura que me llevaba, saltaba con la mayor facilidad todas las hondonadas, y cruzaba aquellas asperezas sin dar el menor tropezon.

El paisaje está poblado por todas partes de quintas cuyos pórticos cubiertos de porcelana pintada relucen entre los árboles: cuando estas quintas están habitadas por madereños, las plantas silvestres pululan en las cercanías, los árboles están casi muertos por el pié, las paredes de los setos están horadadas, los campanarios medio derribados, las aberturas de los techos tapadas con paja y las cortinas de las ventanas rotas; pero cuando un inglés habita en alguna de ellas, es otra cosa. En todo aparece el buen gusto del hombre acomodado, pues las calles de árboles están enarenadas, las paredes recien blanqueadas por la fachada, y dejando ver vistosos ladrillos por otros lados, las persianas están pintadas de verde, y tan cuidados los bosques que ni una rama rota ó podrida yace sobre la yerba. Afortunadamente hay muchos ingleses en Madera, unos que van á curarse de la tisis, y otros á morir de *espleen* y consuncion, despues de hartarse diariamente de vino y ron.

Una de esas quintas, llamada el Webster-Eden, reasume en sí toda la hermosura y el brillo que pueden crear la naturaleza, la opulencia y el arte. Situada en

la cima de una colina, domina toda la costa, siendo imposible describir las maravillas que contiene. Cuando salí de los bosquecillos ví un artista extrajero que sentado debajo de un árbol frente al mar, bosquejaba sin duda con lapiz el cuadro de la rada, embellecida con la presencia del hermoso buque que me habia conducido á aquella isla. A poco apareció una jóven, acercóse al árbol, mirando en torno suyo, y despues, creyendo no la veian, inclinó su rostro hácia el album para satisfacer su curiosidad; pero el artista tosió, y la jóven salió huyendo abochornada de su indiscrecion, que en verdad no podia ser mas inofensiva.

Trepando de colina en colina, pronto llegué á la base de la plataforma donde se alzan las dos cúpulas de la iglesia, y allí entró á descansar mi respetable cabalgadura en una cuadra gratuita hecha de tierra y cubierta de ramas de árboles, y cuyo peristilo está adornado de una ancha lápida de mármol blanco con una inscripcion en letras mayúsculas que dice á los peregrinos que no van á pié ni en palanquin, que cierto lord Murray ha edificado aquella casa á su propia costa. Un misterioso palafrenero que jamás pide salario renueva cada dia la cama de hojas secas de aquella hospedería de caballos; pero mientras el animal descansa, el creyente, que ha penetrado en el templo para dirigir sus oraciones á la madre de Dios ha pagado ampliamente aquel hospedaje gratuito con la ofrenda que deja en el cepillo. Frente á la hospedería hay un almacén de cirios, frutas, agnus y pastelillos, y cuando pasé por delante de él, ví á la dueña de la tienda, jóven y linda madeña, con borceguíes en forma de embudo, y vestida con un guardapiés de nankin, al paso que ostentaba en la cabeza el gorro nacional de paño azul, cuyo extremo superior termina en punta aguda, la ví, digo, corriendo con una mano la cortina de la tienda para que el sol no derriñese los cirios y corderitos de cera, y con la otra paseando en derredor de los comestibles un largo espanta-moscas de plumas de gallo.

El templo está situado en la cima de la plataforma, y para llegar á él es preciso subir las sesenta y tantas gradas de una escalera de granito, cuyos tramos están llenos de brillantes dorados. La concurrencia de los fieles no era grande, lo cual no es de extrañar porque era día no feriado y la hora de la siesta. Uno solamente subía la escalera al mismo tiempo que yo, pero sin nada en la cabeza, con los pies descalzos y cubierto con una capa parda, le costaba sumo trabajo pasar de un escalon á otro de rodillas, y en vez de ayudarse con los brazos, los alzaba al cielo, llevando en las manos un barquito con su mástil, su cordage y sus velas, las cuales eran de seda.

Edificada en una plaza ó en el ángulo de una encrucijada de una poblacion europea, aquella iglesia parecería una capilla de convento ú hospicio; pero situada en la cima de un monte, sola, sobre una base de granito que domina los árboles mas altos de las inmediaciones, sola delante del sol, enfrente de la mar, y sonriendo con sus dos blancas cúpulas á los marineros que pasan en el horizonte, es soberbia, es magestuosa. ¡Y el Dios que van á adorar allí no necesita que escriban en el frontis de sus porches: *Favete ad santuarium meum!* No; dirija el peregrino sus miradas á todo lo que abunda y madura en el declive de la costa, estiéndalas al nivel de ese oceano siempre magestuoso; álcelas hácia el firmamento, el mas puro y bello de los firmamentos del globo; contemple todo aquello, entre en la nave, y sea maldecido si su oracion no es ferviente! La mia no lo fué, sin embargo, porque yo no iba allí como el arrodillado marino á cumplir un voto hecho durante la tempestad, porque yo era únicamente un viajero frio y curioso...

Si alguna vez os ha sucedido despues de recorrer las calles de Madrid en un dia caluroso, entrar en una casa con intencion de visitar á un amigo, y tropezar con un ataud antes de subir los primeros escalones, habreis debido temblar á pesar vuestro, habreis debi-

do hacer mentalmente una comparacion entre esa imagen de la muerte y esa naturaleza llena de vida que os rodeaba fuerza de la casa. Pues bien, esto es lo que yo esperimenté al dejar los rayos del sol, para penetrar en el templo; una atmósfera fria, pesada y húmeda me envolvió sin trasicion, me sofocó un olor á cadaver, pues caminaba por una tumba. Allí no estaba enlosado el suelo, sino que por todas partes pisaba trampas de madera separadas por bastidores mal unidos, y que dejaban escapar á través de las aberturas las exhalaciones de los muertos en estado de corrupcion!.. Al instante volví á la vida y al calor de los rayos del sol, y me contenté con dirigir una ojeada á algunas malas pinturas portuguesas, á las estatuas, los grandes candelabros de plata y la corona de oro puro de Nuestra Señora. La arquitectura de aquel cementerio es mezquina y estrecha, y despues ví que todos los monumentos de las misiones de la América del Sur estaban edificadas por el mismo estilo; pero Funchal posee una catedral cuyo género se acerca al gótico bastardo. Los arcos son diagonales; las bóvedas estan adornadas de escudos, y los costados se hallan cubiertos de lápidas sepulcrales en que se ven retratos de caballeros armados de punta en blanco.

Mi paseo acabó con el dia, y me fué preciso renunciar á visitar el monte del Coral, el castaño gigantesco, la hermosa monja del convento de santa Clara, Doña María Clementina, y el monasterio del Gólgota, donde segun dicen hay una sala embovedada y cubierta con huesos humanos, alumbrada solo por una lámpara y habitada por un monge, siempre octogenario, y encargado especialmente en atizar la lámpara, leyendo su breviario.

A la mañana sigiente antes de salir el sol, me condujo un bote á bordo del buque, y poco despues me hice á la vela hácia la Nueva Holanda, dejando atrás á Madera, la hermosa, la verde, la fecunda; Madera, conocida en todo el universo por su hermoso

cielo y sus buenos vinos; Madera en fin, á la cual solo habia visto y abrazado un instante, pero cuyo recuerdo debia conservar por espacio de mucho tiempo.

¿Qué os diré de la poblacion, el gobierno, la industria y el comercio de aquella Isla? Nada sino que los geógrafos la dan cien mil almas de poblacion, que su gobierno se deriva del de Lisboa, que su cultivo se concentra en el de las vides, y que su comercio sería inmenso si todo el vino de Madera que se bebe en la superficie del globo fuese efectivamente de Madera: allí no se arrastra la cepa por el suelo ni se eleva sostenida en un rodrigon, como en la mayor parte de nuestras viñas de España, sino que proyecta sus sarmientos sobre lienzos colocados á dos pies del suelo, de suerte que una viña no es otra cosa que una inmensa urna, y el racimo, al abrigo de dos benéficos calores, el del sol y el que le suministran los innumerables guijarros del suelo, madura rápidamente, dando al lagar racimos sanos y dorados.

Los portugueses de Madera, y sobre todo los de las montañas, me parecen mas bellos y robustos que los de Lisboa y el Brasil: ví algunos de ellos que bajaban hácia la ciudad, conduciendo sus arados arrastrados por bueyes, y no pude menos de admirarlos, con su bronceado rostro, su ancho pecho desnudo, medio cubierto con los pliegues de un capotillo con capucha echada á la espalda, su ceñidor, sus calzones á lo catalan y sus piernas calzadas hasta la choquezuela de la rodilla con botines de cuero curtido: añadid á esto un gorro puntagudo intrépidamente colocado sobre una larga cabellera negra, y la antigua hoja de un sable roto, colgado de la cintura, y tendreis el retrato de un campesino del Coral.

El habitante de la ciudad se viste como nosotros, y por lo regular es un ser pálido y enfermizo; pero las mujeres, cuando son hermosas, tienen un aspecto admirable, ya aparezcan en sus balcones con un largo manto negro, ya pasen cerca de uno sentadas como efigies de-

trás de las cortinas verdes de un palanquin, ya en fin se paseen de noche en las hermosas calles de álamos y de tamarindos que han plantado á orillas del mar. En Madera es tan hermoso el cielo, tan dulce la vida y tan risueña la naturaleza que deben ser allí muy aficionados al placer y la alegría. Sin embargo, me dijeron que las costumbres son muy severas, lo cual redundaba en elogio de sus institutos religiosos.

S. D.



VALOR Y SENCILLEZ.

El año pasado, á eso de las tres de la tarde, dos chicos de diez á doce años, colocados en una barquilla cerca del puente, pescaban con caña en el Guadalquivir, rio que, como sabeis, fertiliza los campos de Sevilla. Como uno de los chicos se inclinase hácia adelante para tirar la caña todo lo mas lejos que pudiera, cayó al rio y desapareció: al instante se arroja al agua el otro chico, y se sumerge repetidas veces con el fin de encontrar á su desgraciado camarada. Conociendo entonces que sus vestidos le impedían luchar eficazmente contra la corriente que lo arrastraba, se vuelve á la barca, que estaba á pocas brazas de allí, se quita precipitadamente la chaqueta, la camisa y el pantalon, y

se arroja de nuevo en medio del río. Por fortuna en aquel mismo momento un marinero acababa de coger al otro chico que iba á ahogarse, y aunque salió sin conocimiento no tardó en volver á la vida. Muchos testigos de aquella escena preguntaron inútilmente el nombre del chico que tan bien se habia portado. «Sí, respondia, para que vayan á decírselo á mi madre que no quiere que pesque. ¡No soy tan tonto como todo eso!... Esta noche solo me daría pan seco para cenar!»

RASGOS DE VALOR.

Carlos XII, rey de Suecia, estaba sentado en su tienda de campaña dictando unas cartas á su jóven secretario, cuando fueron á interrumpirle los cascos de una bomba. El secretario le mostró temblando el terrible proyectil; pero el monarca dijo sin inmutarse: «¿qué tiene que ver esa bomba con mi carta?»

Un sargento que tenia veinte años y se llamaba Junot, llevaba la pluma á Bonaparte en el célebre sitio de Tolon, cuando fué á caer cerca de ellos una bala de cañon levantando una nube de polvo. «Qué política es esta bala! dijo el sargento sonriéndose; me ha ahorrado el trabajo de buscar una salvadera.»

Un ayudante de campo leia á un general en una batalla un parte, cuando de prontosilba un bala y atraviesa el papel que el oficial tenia entre las manos. Este suspende la lectura, y se pone á observar el parte; pero el general le dijo: «continúe V., cuando mas se habrá llevado la bala una palabra.»

Con semejantes lecciones se acostumbra á los jóvenes guerreros á tener serenidad en los momentos de peligro.

EL RELO DE NAPOLEON.

El emperador tenia en Santa Helena el reló que habia llevado en las campañas de Italia y Egipto; era de repeticion, y tenia la inicial B en la caja de oro; pero se quejaba unas veces de que no andaba, y otras de que andaba mal, y en vano habian tratado de componérselo, pues en Santa Helena, sobre aquella roca africana, en aquella isla inhospitalaria, en aquel lugar de destierro, tan difícil es encontrar un buen relojero como un buen médico.

Napoleon perdía la paciencia arreglando su reló, cuando un día recibió el general Bertrand uno que le enviaban del Cabo, y el cual pensaba regalar á su hijo. «Me quedo con él, dijo al niño el gran capitán, y te doy el mio: ahora no anda; pero marcó las *dos* en la colina de Rívoli cuando mandé las operaciones de una jornada que valió á la Francia otra victoria mas.»

El chico, que no comprendía el valor de aquel cambio, hizo unos cuantos pucheros, porque el reló del emperador no era tan nuevo ni brillante como el suyo; pero hoy es otra cosa, y la preciosa reliquia es la mejor joya de todas las que posee una familia á quien han hecho ilustre los servicios que prestó al destronado emperador en la desgracia.

